

Deshacerse del marxismo: 3 ejes para una lectura foucaultiana del poder*

Getting rid of Marxism: 3 axes for a Foucauldian reading of power

Por: Ian Chera*

Universidad Nacional del Nordeste

E-mail: megadeath076@gmail.com

Fecha de recepción: 25/03/2021

Fecha de aprobación: 25/04/2021

DOI: <http://dx.doi.org/10.30972/ach.065603>

Resumen

La propuesta que engloba el conjunto de este escrito: tres ejes para una lectura foucaultiana del poder implica cierto análisis reconstructivo de diferentes elementos presentes en las distintas obras, conferencias, cursos y entrevistas del filósofo francés Michel Foucault, para comprender en qué medida se enfrenta a la tradición marxista y en cuál otra propone algo distinto. En términos procedimentales se intentará bosquejar desde los tres ejes estimables que configuran la visión marxistas del poder: el Estado, la dominación burguesa y la represión, tres nodos interpretativos que harían posible deshacerse: la centralidad, la funcionalidad y la negatividad, y tres nodos propositivos para abordar el poder de otra forma: regionalidad, guerra, positividad. Tal tarea torna imprescindible examinar aquellos lugares donde convergen los tres ejes y las especificidades de cada uno, al mismo tiempo que la contrastación con otras lecturas -principalmente de Gilles Deleuze y Étienne Balibar- para dar mejor soporte a esta propuesta. Finalmente, se configurará el mapa general de la lectura con sus diferentes conexiones.

Palabras claves Estado; dominación burguesa; represión; luchas transversales; centralismo soviético

* Trabajo realizado en el marco de la cátedra Seminario II

* Estudiantx de la Licenciatura y Profesorado en Filosofía de la Facultad de Humanidades (UNNE)

Abstract

The proposal that comprise the whole of this writing: three axes for a Foucauldian reading of power implies a certain reconstructive analysis of different elements, present in the different works, conferences, courses and interviews of the French philosopher Michel Foucault. It is about understanding to what extent it confronts the Marxist tradition and how else it proposes something different.

In procedural terms an attempt will be made to sketch from the three estimable axes that make up the Marxist vision of power: the State, bourgeois domination and repression. Three interpretive nodes that must be undone: centrality, functionality and negativity, and three propositional nodes to approach power in another way: “regionality”, war, positivity. Such a task makes it essential to examine those places where the three axes and the specificities of each converge, at the same time as the contrast with other readings -mainly from Gilles Deleuze and Étienne Balibar-

Finally, to better support this proposal, the general reading map with its different connections will be configured.

Key words: State; bourgeois domination; repression; transversal struggles; soviet centralism

Cómo citar este artículo:

APA: Chera, I. (2021). Deshacerse del marxismo: 3 ejes para una lectura foucaultiana del poder. *Acheronta*, N^o 6, 95-124. Recuperado de: (agregar dirección web)

1. Consideraciones iniciales:

El título del escrito refiere una entrevista titulada “Metodología para el conocimiento del mundo: cómo deshacerse del marxismo” en la cual el filósofo japonés Ryumei Yoshimoto realiza una serie de preguntas al filósofo francés Michel Foucault en 1978; más allá de las circunstancias que pudieran rodear tal encuentro y

los temas abordados en dicho espacio, lo importante en este caso recae en la siguiente cuestión: ¿Cómo deshacerse del marxismo? El autor francés plantea situar al marxismo como un fenómeno histórico: esto quiere decir que para comprenderlo política y teóricamente es pertinente indagar sobre su configuración organizacional y los efectos que tendría en el saber y en el Estado soviético que constituía un censor político central sobre la teoría y la práctica del “marxismo”.

Al respecto es pertinente dilucidar a qué marxismo se refiere el pensador francés para no recaer en anacronismos, generalizaciones y extrapolaciones a la hora de hablar propiamente de un marxismo histórico; y a su vez es pertinente para la interpretación ver qué circunstancias lo llevaron a combatir a ese marxismo en particular, y qué apreciaciones específicas fueron consideradas sobre Karl Marx.

Una vez puesto en claro lo anterior es plausible pasar al terreno teórico propiamente. En ese sentido la propuesta que ostenta el conjunto de este escrito: tres ejes para una lectura foucaultiana del poder, implica cierto análisis reconstructivo de diferentes elementos presentes en las distintas obras, conferencias, cursos y entrevistas del autor francés para comprender en qué medida se enfrenta a la tradición marxista y en cuál otra propone algo distinto. En consecuencia se intenta bosquejar tres ejes que configuran la visión marxista del poder: el Estado, la dominación burguesa y la represión, tres nodos interpretativos que hacen necesario deshacerse -la centralidad, la funcionalidad y la negatividad-, y tres nodos propositivos para abordar el poder de otra forma: regionalidad, guerra, positividad. Para tal tarea se examinan aquellos lugares donde convergen los tres ejes y las especificidades de cada uno, al mismo tiempo que la contrastación con otras lecturas -principalmente de Gilles Deleuze y Étienne Balibar- para adecuado soporte a la indagación esclarecedora. Finalmente se propondrá el mapa general de la lectura con sus diferentes conexiones.

2. Deshacerse del centralismo soviético: una lectura desde las luchas transversales.

“Las ideas son mundiales, no cerebrales” (Deleuze, 2014, p. 134), con esta frase el filósofo francés Gilles Deleuze intenta explicar las resonancias prácticas que se

articulan en la teoría, es decir los grandes planteamientos filosóficos toman como materia de la reflexión determinados problemas prácticos que se sitúan históricamente en acontecimientos del presente histórico, a la hora de elaborar ideas o categorías conceptuales. Esto es importante al indagar en la lectura deleuziana de la obra de Michel Foucault en uno de los tres cursos dictados sobre este último, ya que en ellos fuera planteada que la problemática en torno al poder y las polémicas con el marxismo estarían profundamente conectadas con la coyuntura política previa al Mayo Francés, y además posterior a la misma. Siguiendo con esta línea argumentativa Deleuze (2014) dice: “me parece que del 68 fue el estallido de una red transversal en la cual las luchas dejaban de ser centralizadas” (p. 21), ¿Qué quiere decir con ésto? Pues bien, el autor citado localiza determinados acontecimientos previos al mayo francés, entre los cuales se articulan experiencias políticas asociadas teóricamente con el marxismo, englobadas en un conjunto de rupturas en el orden organizacional, entiendo estas últimas como luchas transversales de grupos restringidos no supeditadas a las estructuras partidarias del centralismo soviético.

Deleuze destaca varias estas experiencias en su recorrido histórico, se podría afirmar que en la década de los 50' empiezan a producirse los primeros estallidos de nuevas luchas transversales: 1) en Yugoslavia se plantea una política de autogestión y neutralidad frente a las grandes potencias capitalistas y comunistas; 2) los marxistas italianos reformulan sus categorías teóricas en función a su situación económica; 3) en Francia aparece el grupo Socialismo o Barbarie con intelectuales notables como Claude Léfort y Cornelius Castoriadis, con una línea principalmente trotskista abocada a denunciar los peligros del totalitarismo soviético; 4) a su vez esta la experiencia de la internacional situacionista de Guy Debord de tendencia consejista y vanguardista, caracterizada por su crítica a la sociedad del espectáculo.

Lo que atraviesa a aquellas nuevas luchas políticas es un fuerte cuestionamiento a la representación política (partidaria, sindical, etc.), aunque ocurriera que muchas de estas luchas quedaran absorbidas por las estructuras que pretendían cuestionar o por liderazgo de una figura. Foucault no sería ajeno a esta situación; en la década de los `70 fue parte de un grupo izquierdista llamado Grupo de

Información sobre las Prisiones (GIP), mediante lo cual se percató de que el problema de las cárceles era un tema recurrente en los medios franceses de su época, pero que pocas veces se tomaba en cuenta la voz de los presos. Por ello con su grupo elaboraron un conjunto de encuestas que ponían el acento en la perspectiva de los prisioneros y sus familiares, además de reuniones organizadas con estos últimos. A nivel práctico la experiencia del GIP fue interesante por el hecho de no ser capturada por ninguna estructura partidaria y por conservar su carácter transversal y específico, lo cual implicaría una nueva forma de militancia política y de compromiso intelectual que sería el sello distintivo del Mayo del '68.

Se podría afirmar que la evaluación por parte de Foucault de la experiencia del GIP y de las experiencias coetáneas a su contexto histórico englobadas en el mayo del 68' repercutió en la forma de abordar determinadas problemáticas (Vigilar y castigar es indisoluble de su militancia en las cárceles), lo cual implica que "el pensamiento de Foucault nunca será independiente ni separable de todo lo que ha pasado en términos de renovación o reinterpretación del marxismo (...) aun si el contexto propio a Foucault es muy diferente al del marxismo (...)" (Deleuze, 2014, p. 135). Es decir que no se puede desligar su teoría del poder de las luchas políticas y teóricas que se produjeron al interior del marxismo, como tampoco su militancia y su devenir intelectual no resultan fácilmente deducibles de este último.

Comprender lo antecedente permite volver a cierta dicotomía planteada inicialmente: luchas transversales vs centralismo soviético; como bien pudo observarse la primera albergaba formas organizacionales opuestas a la segunda, con lo cual se configuró en una implosión al interior del marxismo con repercusiones teóricas, la gran pregunta que se dispara en todas direcciones era: ¿estuvieron a la altura de las circunstancias? ¿Realmente se desembarazaron del centralismo soviético o de la sociedad capitalista? Esa es la gran cuestión que se le presentó a las intelectuales parisinos al toparse con el Mayo '68: ¿Como volver materia de reflexión lo que la práctica había puesto en entredicho? Foucault será uno de los grandes cuestionadores teóricos del centralismo subyacente en las concepciones marxistas del poder, al mismo tiempo que opondrá una nuevo tipo de transversalidad, esto llevo a Deleuze (2014) a

plantear: “Foucault es el único en haber hecho una teoría izquierdista del poder” (p. 32).

Una posible forma de aproximarse a la crítica del centralismo marxista podría establecerse con la polémica que entabla Foucault contra el llamado “marxismo académico”, tal acepción pareciera remitir a determinadas nociones y corpus de ideas que comprenden al fenómeno del poder desde una perspectiva que privilegia la centralidad (a), la funcionalidad (b) y la negatividad (c). Según se podrá vislumbrar, estos tres nodos interpretativos configuran una determinada matriz metodológica, aseguran una investigación como “una suerte de carta ganadora anticipatoria” al abordaje de sus objetos, permitiendo deducir desde un tipo de dominación, a todas las demás.

Estos nodos a su vez están subsumidos en las tres ámbitos que Santiago Castro Gómez (2005) localiza a la hora de delimitar la polémica entre Foucault y el marxismo: la historia, la ideología y el poder, en este caso será tomada esta última como foco de la investigación. La relación establecida entre el filósofo francés y el marxismo académico debe ser comprendida desde su enemistad política y teórica con el marxismo-leninismo y el maoísmo, a su vez refiere a sus distanciamientos y alianzas estratégicas con su maestro Louis Althusser; estos últimos serán cuestionados desde las temáticas del Estado (A), la dominación burguesa (B) y la represión (C), estos tres ejes evocarían una visión verticalista del poder, “tal ha sido la figura dominante en el discurso marxista del siglo XX, desde la teoría del Estado de Lenin hasta el freudomarxismo de la nueva izquierda” (Castro-Gómez, 2005, p. 114).

Como bien señala Étienne Balibar (1995) “un verdadero combate con Marx se extiende por toda la obra de Foucault y es uno de los resortes esenciales de su productividad” (p. 49, las cursivas son agregadas), según se pretende proponer en este espacio los resortes esenciales de su productividad a la hora de abordar el poder se pueden delimitar en tres: la regionalidad (I), la guerra (II) y la positividad (III). Los tres nodos interpretativos le permiten a Foucault arribar a una teoría izquierdista al no

estar atado a una visión verticalista propia de los discursos de los marxistas académicos.

Edgardo Castro (2004) en El vocabulario de Michel Foucault aporta algunos elementos para comprender con el autor objeto formal de este artículo al “marxismo como posición teórica y, por otro, el marxismo como realidad histórico-política” (n/a), de modo que aporta que a la hora de posicionar al marxismo teóricamente -de acuerdo a su polémica con Foucault- cabría distinguir entre un marxismo blando y academicista (Étienne Balibar), un marxismo de corte dogmático (leninismo y maoísmo), un marxismo humanista y fenomenológico (Sartre y Merleau Ponty), un marxismo estructuralista (Althusser) y un marxismo vinculado con el psicoanálisis o freudo-marxista (Marcuse, Reich). A su vez el autor argentino señala que el marxismo refiere a una realidad histórica y política que tiene que ver con la forma organizacional del partido comunista o del Estado soviético propiamente dicho. Es importante hacer estas distinciones para advertir que la relación de Foucault con los marxistas no va a ser la misma en todos los casos y en todas las ocasiones; lo que queda claro es que mientras que unos van a tener ciertas alianzas y estrategias en la teoría (Althusser y el propio Marx), con otros va establecer una enemistad incompatible en las ideas (blandos, dogmáticos humanistas y freudomarxistas) En esta cuestión es preciso esclarecer la relación entre Foucault y Marx en contraposición a su polémica con el marxismo académico; para el pensador francés existe una oposición entre sus investigaciones y los marxistas académicos, estas corresponden a dos tradiciones interpretativas distanciadas por el libro I y II de El Capital:

Por lo tanto, si uno recuerda, otra vez bastante esquemáticamente, el primer libro [sobre] la génesis del capital, el segundo libro [sobre] la historia, la genealogía del capitalismo, yo diría que es por medio del Libro 2 y, por ejemplo, en lo que escribí acerca de la disciplina, que mi trabajo está de igual modo conectado intrínsecamente con lo que escribió Marx. (Foucault, 2012b, p. 7)

La lectura foucaultiana del tomo II de El Capital no se articula desde la dependencia o el dogma, por el contrario le sirve al filósofo francés como un punto de

partida estratégico y metodológico para indagar la genealogía de determinadas prácticas sociales desde su especificidad y localización. A su vez se pueden rastrear la mención de otros textos del autor alemán (La lucha de clases en Francia, El dieciocho brumario de Luis Bonaparte) en la recuperación foucaultiana.

Mediante esta interpretación renovada de Marx, Foucault va a deshacerse de las concepciones marxistas que privilegian una visión verticalista: la centralidad (a) del Estado (A); la funcionalidad (b) del poder para asegurar el hegemonía de la dominación burguesa (B); y la negatividad (c) en la visión del poder encarnada en la noción de represión (C). En esta misma dirección se enfatiza los aportes del filosofo decimonónico a la hora de proponer una teoría izquierdista: ya sea desde la importancia de analizar el poder desde la regionalidad (I) de lugares específicos (la fábrica, por ejemplo), o para retomar conceptos como la guerra de razas (II), o incluso la comprensión de la positividad (III) productiva de determinadas tecnologías de poder.

3. Deshacerse de la centralidad del Estado: una lectura desde la regionalidad

En verdad y poder Foucault señala que, contrario a lo que se cree, el poder pareciera un fenómeno poco estudiado, esto quiere decir que la categoría lejos de ser abordada desde un estudio serio y meticuloso se convirtió en un arma para combatir adversarios políticos, “a la derecha, no se planteaba más que en términos de constitución, de soberanía, etc., por lo tanto en términos jurídicos. Del lado marxista, en términos de aparatos de Estado” (Foucault, 1992, p. 179). Ya sea para sacar a relucir los horrores del totalitarismo soviético o para poner énfasis en la dominación de la burguesía en las democracias liberales, los intelectuales izquierdistas y derechistas apuntaban a la cúpula con fines politizantes antes que interiorizarse en los diferentes mecanismos de poder. Dichos fines politizadores adquieren cierta singularidad al indagar la forma en que operan en el caso del marxismo dogmático: en cómo deshacerse del marxismo Foucault (2012) se percata de que “el marxismo no pudo funcionar sin la existencia de un partido político” (p. 93) Es decir que su particularidad histórica como movimiento político y teórico deviene de determinada forma

organizacional de jerarquía estratificada y monolítica, donde a su vez Foucault advierte que esa articulación se configura en una filosofía de Estado en el caso de la Unión Soviética, cuestión por demás interesante si se toma en cuenta que antes de la Revolución Francesa los Estados se fundaban en la religión. A la hora de comprender esta aproximación que propone Foucault del marxismo dogmático debe tomarse en consideración su breve incorporación al Partido Comunista Francés en 1950 sugerida por su maestro Louis Althusser, y su posterior retirada en el '52 por el desprecio que profesaba el partido hacia los homosexuales y el caso "de los delantales blancos" (Díaz Bernal, 2018, p. 209-210).

Al indagar en el marxismo dogmático es lícito observar dos elementos: primero que los análisis marxistas abordan conjuntos demasiado amplios (la clase, el partido, el Estado), y, en segundo lugar, es que los "oprimidos" (léase la clase proletaria) parecieran meros receptáculos de estas grandes formas, ya sea porque la clase burguesa domina por ideología o represión o porque el partido es el verdadero canal donde pueden llegar a una conciencia de sí: es como si una gran red pretendiese capturarse todas expresiones en las que se desenvuelve el poder. (Como se puede constatar se apoyaba en una visión unívoca e inequívoca) De alguna manera este marxismo no le había cortado la cabeza al rey, persistía un peso sobredimensionado a los detentaban el aparato jurídico-administrativo del Estado, seguía capturado en la idea de un Soberano que ejerce la Ley sobre los súbditos.

La mención a la política que decidió adoptar el PCF sobre los homosexuales es capital si retoma la dicotomía luchas transversales vs centralismo soviético. Foucault observa que los fines politizantes del marxismo dogmático tuvieron consecuencias en la falta de consideración y debilitamiento de las nuevas luchas transversales que se desarrollaban en su época (el feminismo, el movimiento carcelario, etc.), sin olvidar que este marxismo careció completamente de inventiva para afrontar las problemáticas teóricas que suscitaban estos movimientos (sexualidad, medicina, etc.). Se podría afirmar que la centralidad (a) es entendida por el marxismo leninismo y maoísmo en dos sentidos: en primer lugar, como forma organizacional de un partido centralizado (la famosa máquina de guerra leninista), y, en segundo lugar, como

primacía de una clase sobre otra o en función del carácter de clase que tiene cada Estado (sea este obrero, burgués o campesino)

Foucault señala que las concepciones dogmáticas de los marxistas sobre el poder están inscriptas en una tradición jurídica, incluso encuentra cierta reminiscencia de este tipo de marxismo en los contractualistas liberales del siglo XVII y XVIII (Locke, Rousseau y Hobbes) Se debe claramente a que estos pensadores liberales partieron de grandes conjuntos como la Ley, el Soberano y el Contrato, es decir del aparato jurídico-Estatal ejerciendo el poder unidireccionalmente. Los marxistas dogmáticos sustentaron su teoría de la represión de una clase sobre otra. El pensador francés sostiene en *Las mallas del poder* que este tipo de perspectivas adquirieron relevancia en la modernidad por la puja de poderes entre la naciente clase burguesa y las instituciones medievales pre-capitalistas: “el crecimiento del Estado en Europa se aseguró parcialmente o, en cualquier caso, utilizó como instrumento del pensamiento jurídico” (Foucault, 1999b, 238) La centralidad viene heredada del pensamiento burgués sobre el poder, por lo cual manifiesta que para desembarazarse de esta tradición es menester concebir al Estado como una cristalización de poderes que se desarrollan en la base, en lo cotidiano, en prácticas institucionales a lo largo y ancho del cuerpo social: “la unidad estatal es, en el fondo, secundaria con relación a estos poderes regionales y específicos que aparecen en primer lugar” (Foucault, 1999b, p. 240). En este punto la lectura del libro II de *El Capital* funciona de bisagra entre Foucault y Marx. Para aproximarse a la crítica al marxismo dogmático, destaca los análisis de Marx a la hora de abordar la disciplina del ejército y de los talleres, lo que vislumbra en una historia de estos mecanismos de poder en su especificidad y ampliación, en su forma de generar sometimientos situados, “todas estas formas locales, regionales de poder que tienen su propio modo de funcionamiento, su procedimiento y su técnica” (Foucault, 1999b, p. 239).

En la *Voluntad del saber* aporta elementos decisivos para comprender su concepción del poder. En dicho texto va distinguir entre formas terminales y relaciones de fuerzas, lo cual es decisivo si se toma en consideración que forma y poder son cosas distintas para este pensamiento, como bien señala el mismo Foucault (2008):

El análisis en términos de poder no debe postular, como datos iniciales, la soberanía del Estado, la forma de la ley o la unidad global de una dominación; éstas son más bien formas terminales. (...) son (por el contrario) los pedestales móviles de las relaciones de fuerzas los que sin cesar inducen, por su desigualdad, estados de poder —pero siempre locales e inestables. (p. 55, los paréntesis y las cursivas son agregadas)

Quiere indicar con aquello que las formas terminales como la clase, el Estado, la Ley se muestran como fijas, estables y únicas, porque son el producto de luchas y enfrentamientos que inicialmente son múltiples, móviles e inestables; es decir las formas son molares y globales mientras que las relaciones de fuerzas son moleculares y locales. Tales distinciones son claves si quiere desligarse de las teorías tradicionales que pretendían explicar el fenómeno del poder desde la centralidad (a) de una unidireccionalidad homogénea, por el contrario la regionalidad (l) comprende situaciones inicialmente heterogéneas y multidireccionales. Varios ejemplos son ofrecidos por Foucault (2012): “el padre de familia ejerce sobre su mujer y sus hijos, el poder ejercido por el médico, el poder ejercido por el notable, el poder que el dueño ejerce en su fábrica sobre sus obreros” (p. 42); ejemplos que permiten visualizar un serie de oposiciones antagónicas que se configuran en complejidades entrelazadas.

En otros términos, el ejercicio del poder puede provenir de los que ejercen un tipo de dominación (masculina, por ejemplo) como también los que son afectados por ese poder (léase la mujer burguesa), incluso estos últimos pueden sacar ventaja de su situación, pueden igualmente usar esos privilegios adquiridos para dominar a otros más desventajados (entiéndase sobre las mucamas). En La verdad y las formas jurídicas el filósofo de referencia observa que las famosas *lettres de cachet* lejos de ser un ejemplo de la arbitrariedad de la monarquía absolutista francesa ejerciendo la Ley sobre los ciudadanos son, por el contrario, la muestra de cómo los que están abajo ejercen poder sobre otros “para arrestar a una mujer que engaña a su marido, un hijo que es muy gastador, una hija que se ha prostituido o al cura de la ciudad que no muestra una buena conducta ante los feligreses” (Foucault, 1992, p. 108-109).

El hecho de que el poder provenga de una infinidad de puntos a lo largo y ancho del cuerpo social también quiere decir que las resistencias son proporcionalmente cuantiosas: “donde hay poder hay resistencia” (Foucault, 2008, p. 57), este uno de los grandes aciertos teóricos del autor francés, el haber demostrado que la trama de las relaciones de poder esta entretrejida con las resistencias. Lo que implica que aquellos que sufren un determinado tipo de dominación no son meros receptáculos pasivos de los que ejercen un poder sobre ellos, sino por el contrario, pueden inestabilizar estas relaciones desde las expresiones más sutiles (la mujer que deja la cena fría al padre de familia), hasta las más abiertas y confrontativas (la huelga general de los obreros)

En El sujeto y el poder ofrece Foucault algunas características comunes sobre las resistencias: 1) son transversales, no están confinadas a un solo país o tipo de gobierno; 2) son efectos de poder, emergen por la desmesura de una autoridad; 3) son inmediatas, no solucionan el problema de raíz (liberaciones, revoluciones) sino que van contra un enemigo circunstancial (el gobierno); 4) cuestionan el estatuto del individuo; 5) cuestionan los privilegios del saber; 6) abren la pregunta sobre el ¿Quiénes somos? Así “el principal objetivo de estas luchas es atacar no tanto ‘esta o aquella’ institución de poder, o grupo, o elite, o clase, sino más bien una técnica, una forma de poder” (Foucault, 2001, p. 245), es decir los diferentes formas que se ejerce el poder. De este modo Foucault (2001) encuentra en las resistencias un lugar privilegiado para estudiar el antagonismo de estrategias que se suceden en las relaciones de poder, ya no se trata de analizar la ley desde el marco de la legalidad sino que se trata de ver que ocurre en el ámbito de las ilegalidades, ya no se trata de investigar la cordura sino en cómo los saberes se estructuran en torno a la locura y a su vez “la estructuran y la legalizan” clasificando el lugar que ocupan en el conocimiento y en el orden real.

4. Deshacerse de la funcionalidad: una lectura desde la guerra

En Defender la sociedad observa que a la hora de abordar la cuestión del poder prevalecen concepciones de tipo jurídicas, concretamente las tradiciones vinculadas

teórica y políticamente con el liberalismo y el marxismo, donde “ese punto en común sería lo que yo llamaría economicismo en la teoría del poder” (Foucault, 2008a, p. 26). Por economicismo debe entenderse a un conjunto de modelos teóricos que comprenden a las relaciones sociales subordinadas a los fenómenos económicos, ya sea que se articulen como relaciones de intercambio y circulación de bienes (liberalismo), o para el mantenimiento de las relaciones de producción en la que se basa la dominación de la clase burguesa (marxismo), en ambos casos el poder ocupa un lugar secundario, servil o funcional.

En el caso del liberalismo el poder se entiende en términos de contrato, lo que viene a implicar que el poder es considerado como bien jurídico que puede ser transferido o enajenado mediante un acuerdo entre las partes. Quizás el caso de Thomas Hobbes sea el más representativo: en *Leviatán* el autor inglés explica que en el estado de naturaleza prevalece una guerra de todos contra todos por la carencia de un poder común, y que debido a la desconfianza mutua de las partes se dificultan realizar transacciones económicas, es mediante el contrato que los participantes ceden parte de su libertad natural a un poder soberano para que sea posible el desenvolvimiento de estas relaciones contractuales.

En el caso marxista el poder se comprende desde la funcionalidad (b) según esta tradición el papel del poder recaería “en mantener relaciones de producción y, a la vez, prorrogar una dominación de clase que el desarrollo y las modalidades características de la apropiación de las fuerzas productivas hicieron posible” (Foucault, 2008a, p. 27), es decir que se situaría en un marco histórico que encontraría en la economía su basamento. Para el marxismo clásico el Estado se configura como el aparato jurídico-administrativo que garantiza los privilegios de la clase burguesa por sobre la clase proletaria; Louis Althusser agrega a esta definición la dinámica infraestructura económica/superestructura ideológica, en tanto que así el segundo componente del par garantizaría la reproducción de la primera mediante los aparatos ideológicos del Estado.

Como puede observarse hay marcadas similitudes y diferencias entre el liberalismo y el marxismo; mientras que el primero se plantea desde una óptica que entiende al poder político como el garante de las relaciones de intercambio mediante un contrato tácito y originario donde se transfieren las libertades individuales a un poder soberano que las resguarde, el segundo se posicionara desde la funcionalidad de las superestructuras ideológicas del Estado para la reproducción de la infraestructura económica donde yace la fuente de la dominación burguesa. Es importante remarcar estas consonancias para dilucidar él cómo que la tradición ha posicionado al poder en un lugar subordinado a la economía. Al respecto Foucault (2008 a) va preguntar si es posible investigar los mecanismos de poder sin acudir a estas hipótesis previamente planteadas para abordarlas desde su especificidad: “¿El poder tiene esencialmente por razón de ser y por fin servir a la economía? ¿Está destinado a hacerla caminar, a solidificar, mantener, prorrogar relaciones que son características de esta economía y esenciales para su funcionamiento?” (p. 27). Estos interrogantes previamente aludidos resultan relevantes a la hora de considerar que muchos análisis marxistas yerran a la hora de derivar de la dominación de la clase burguesa y las relaciones de producción, cierto tipo de análisis que pretenden dar cuenta de prácticas concretas desde generalizaciones abusivas. Los ejemplos que proporciona son las investigaciones de Wilhem Reich y Reimut Reiche sobre la represión de la sexualidad infantil, tipo de abordajes vistos como facilistas y dogmáticos que suelen afirmar que la dominación de la clase burguesa (B) implicaría que las fuerzas productivas requerirían en el siglo XVII y XVIII mano de obra más productiva, justificando a su vez la dominación ordinal de los cuerpos infantiles. Como bien señala Foucault (2008 a) el mismo análisis se podría hacer al revés sin cambiar el resultado: “del fenómeno general de la dominación de la clase burguesa puede deducirse cualquier cosa” (p. 40)

La crítica devenida de lo explicitado en los párrafos precedentes es fundamental para considerar uno de los puntos cruciales desde los cuales el autor “deconstructivo” de interés interroga al marxismo: su pretensión de ser considerada ciencia. En el capítulo anterior se hizo palpable que los fines politizantes del marxismo en el planteamiento del poder se debían a su imbricación histórica con las estructuras

centralistas y monolíticas de los partidos comunistas y su consolidación como filosofía de Estado. Sin embargo para Foucault (2008 a) dentro de la trama que acaba de esbozarse hay determinados efectos coercitivos que operan al nivel de los saberes: “veo que asocian al discurso marxista, y asignan a quienes lo emiten, efectos de poder que Occidente, ya desde la Edad Media, atribuyó a la ciencia y reservó a los emisores de un discurso científico” (p. 23-24). Su observación filosófica va en dirección de reprocharle al marxismo (y en igual medida el psicoanálisis) el querer prestigio que atribuye el conocimiento científico con fines politizantes, para posicionar sus saberes por encima de otros discursos. Un enunciado que opera en los discursos marxistas blandos que pretenden ser científicos es el de “toda ciencia tiene un precursor”, como bien es sabido las ciencias más relevantes se han fundado y desarrollado a partir de una gran figura histórica, ya sea Galileo para la astronomía o Isaac Newton para la física. El pensador francés va a disparar en diferentes direcciones para desacreditar esta afirmación, particularmente es relevante la entrevista De la arqueología a la dinástica en lo referente al marxismo académico (o blando) de Étienne Balibar, al cuestionar las prácticas exegéticas de este último en la que los textos de Marx se ven como antecesores del proceso revolucionario de la Revolución de Octubre, pues Foucault reniega de este tipo de lecturas señalando que no sólo se trata de tener un fundador para hacer ciencia, sino que es necesario un análisis histórico efectivo de las condiciones que posibilitaron ese proceso; más aún: que se necesita ver en qué puntos Marx se equivocó para hacer avanzar la teoría. . Es de señalarse que varios de los intérpretes consultados (Castro, 2004; Castro-Gómez, 2005; Camelo-Perdomo, 2019; Santucho, 2012) van a coincidir en su importancia para comprender la crítica foucaultiana al marxismo académico.

En consonancia con lo anterior, se diferencia de la visión althusseriana según la cual Marx había fundado una nueva ciencia. Para tal aproximación es pertinente tener en cuenta la época en la que escribe Marx, dado que ciertamente algunos de los aportes teóricos del filósofo alemán fueron significativos en el siglo XIX para “a minar la soberanía del sujeto en el campo de las ciencias sociales” (Castro-Gómez, 2005, p.111). Sin embargo también es cierto que siguieron arrastrando tras de sí formas de

aproximarse a la historia y el poder propias de esa época (discursos proféticos sobre la extinción de las clases, economicismo, lucha de clases, centralidad del Estado, etc.): “el mismo Marx habría sido objeto o mejor un ‘sujeto sujetado’ de unas técnicas de poder discursivas implementadas históricamente que hicieron de él una especie de poseedor de la verdad” (Camelo-Perdomo, 2019, p.129).

Otro derrotero sobre el que va a dejar su crítica va a ser al concepto de luchas de clases, principalmente al preguntar que implica la palabra “lucha” en la que las “clases” estarían implicadas. El polémico académico encuentra un gran vacío teórico en las tradiciones provenientes del marxismo, las cuestiones como las modalidades, estrategias y mecanismo parecerían haber sido dejadas de lado, cuestión que le suscita varios interrogantes: “¿Se trata de guerras, de batallas?, ¿Podemos decodificar la confrontación, la opresión que se producen dentro de una sociedad y que la caracterizan, podemos descifrar esa confrontación, esa lucha, como una suerte de guerra?” (Foucault, 2012a, p. 55-56). En Defender la sociedad parece arrojar luz sobre este asunto al constatar en cierta correspondencia de Marx y Engels en la que afirman haberse inspirado en el concepto de guerra de razas de los historiadores franceses para elaborar sus teorías sobre la lucha de clases. Esta recuperación formulada por el filósofo francés obedece a una noción clave para este apartado: la guerra es importante para la comprensión de la concepción foucaultiana del poder, teniendo en vistas el recorrido previamente trazado: en primer lugar se hubo dicho que uno de los grandes problemas con los que se va a encontrar es con la tradición jurídica-economicista del poder, por un lado el liberalismo va hablar en términos de un contrato sobre el que el poder político garantizaría las relaciones de intercambio y circulación de bienes, y por otro lado el marxismo se va posicionar desde la funcionalidad de la superestructura ideológica para la reproducción de las relaciones de producción dentro de la dominación burguesa. En segundo lugar, se pudo constatar que los fines politizantes del marxismo para convertirse en ciencia y la tradición de Marx que se arrastraba del siglo XIX impidieron abordar fenómenos específicos y no pudieron esclarecerse conceptos claves frente a nuevas configuraciones fáctico-históricas.

Consciente de las limitaciones previamente esbozadas, Foucault (2008 a) va a plantear que “el poder no es, en primer término, mantenimiento y prórroga de las relaciones económicas, sino, primariamente, una relación de fuerza en sí mismo” (p. 28). Ya se vio en el capítulo anterior que el poder se ejerce, es una fuerza no una forma, se sustenta en antagonismos estratégicos heterogéneos y multidireccionales siempre inestables y locales. Pues bien, es en la noción de guerra que va englobar estas relaciones de fuerzas, y a este respecto va a decir “la política es la continuación de la guerra por otros medios” (Foucault, 2008a, p. 29), famosa inversión de la frase de Clausewitz, para señalar que la paz y la sociedad civil no son como se suele creer, el fin de las batallas y los enfrentamientos, sino por el contrario, el fin de la guerra (1) en su sentido de enfrentamiento bélico armado, que implica sí el comienzo y continuación de otro tipo de guerras (2) que se traducen en luchas políticas, sometimientos y grupos antagónicos.

Al hablar de guerra el nombre de Hobbes parece el más evidente para esta problemática, pero Foucault va a desestimar esta vinculación, ya que dice que contrario a lo que se cree del autor inglés, no es el filósofo de “la lucha de todos contra todos” sino el de la pacificación del Leviatán, esta distinción es muy importante, puesto que la hipótesis de un primer estadio de conflictividad en realidad es una excusa para eliminar las disputas en el contrato. A Hobbes lo que le interesa es poner fin a las guerras (2) que se suceden en la sociedad civil. Una vez de lado estas falsas paternidades, Foucault va a encontrar en la historiografía racista del siglo XVII los primeros indicios de otro tipo de “guerra (2) que se desarrolla así bajo el orden y la paz, la guerra que socava nuestra sociedad y la divide de un modo binario es, en el fondo, la guerra de razas” (Foucault, 2008a, p. 64, paréntesis agregado); posteriormente esta historiografía se transformaría en el siglo XIX en lucha biológica en el caso de Darwin, o de la mano de Thiers en el concepto de lucha de clases, y, posteriormente con Marx y Engels.

El uso de “guerra de razas” es considerable en el siglo XX para explicar la aparición de un conjunto de discursos que hablarían en términos de una sola raza o de la pureza racial, ya sea para entronizar una verdadera raza que ocupara un lugar

administrativo con respecto a las otras, o para resaltar las degeneraciones de otra raza, eliminarlas o normalizarlas al modo de vida de una raza que se considera el estándar para las demás. (Quizás el ejemplo del nazismo sea el más indiscutible) En Defender la sociedad se puede seguir un recorrido histórico desde las primeras expresiones de la historiografía racista del siglo XVII hasta el siglo XX para observar en qué medida se fue estructurando una suerte de Racismo de Estado.

5. Deshacerse de la negatividad: una lectura desde la positividad

En Las Mallas del poder Foucault se pregunta si es posible dejar de lado cierta visión negativa (c) que ha imperado en la tradición occidental a la hora de abordar la problemática del poder, esencialmente se puede resumir esta dinámica entre lo permitido y lo prohibido, entre lo legal y lo ilegal; con esto se quiere decir que hay determinados discursos que privilegian en sus análisis del poder la capacidad de negar, ocultar, silenciar, violentar, y fundamentalmente reprimir, que tienen la ley, el soberano, la cultura, la clase dominante, entre otros. Es en estos modelos tradicionales donde habría por un lado un efecto “la regla, la ley, la prohibición” (Foucault, 1999b, p. 236), y por otra lado una causa: “el soberano que ejerce la ley”, “la clase dominante garantizando sus privilegios de clase”, “la cultura que reprime los instintos”. Pues bien, ¿qué es lo que se están negando? La revolución social, los instintos primarios, el deseo de libertad, lleva a la adición de la pregunta ¿a quién se lo están negando? Respuesta: a las clases oprimidas, los opositores, los anormales.

Es pertinente tener en cuenta que cuando se habla en términos de negatividad se está pensado al poder desde un reglamento que dice “no debes”, “no puedes”, “no hagas esto o aquello”, es decir el poder se concibe desde un lugar impone un “no” que prohíbe determinada practica (la masturbación, la huelga, la libertad de expresión) y otro que obedece; se ha pensado que mediante la violencia se asegura esta negación (la policía, por ejemplo), pero también es cierto que en la vida cotidiana no es necesaria, incluso se pueden ver a ciudadanos dando por buenas estas reglas, naturalizándolas y exigiendo a otros que las sigan. En otros términos, de algún modo en la visión negativa del poder se evoca una pasividad de parte del que sigue la regla,

como si fuera un mero receptáculo de las imposiciones exteriores, en ningún momento se plantea la pregunta sobre el porqué alguien accedería a seguir esa regla o el cómo se aseguraría su seguimiento.

En el orden de la negatividad persiste la idea de una esencia negada, es decir hay algo en el orden de lo natural que habita en lo más hondo del ser humano (su ser más propio) que en algún momento de la historia fue traicionado o sepultado, individuo que viviría en un estado de permanente olvido de su condición anterior apresado en las estructuras que él mismo –como colectivo tácito- habría construido, sólo una suerte de retorno al origen se constituiría en una liberación de todas las dominaciones y cadenas que lo atan a la sociedad o la cultura. El problema con este tipo de concepciones es bastante evidente: ¿quién dictamina lo que es esencial en el hombre? Es claro que ese discurso se emite desde algún lugar y que tiene efectos de poder, moldea las conductas de los hombres mediante las dominaciones actuales, produciendo sujetos que están dispuestos a emular esos “esencialismos” ficticios.

Una versión contemporánea de este tipo de aproximaciones a la teorización del poder se puede encontrar en “el esquema freudiano que opone el instinto a la represión, instinto y cultura” (Foucault, 1999b, p. 235). Para Sigmund Freud la cultura se basa principalmente en la represión de los instintos sexuales mediante mecanismos que operan desde los primeros estadios de la civilización humana, atravesando todas las etapas del crecimiento que van de la niñez hasta la adultez en paralelo. La represión perduran la negatividad del poder en el sentido en que se plantea en este discurso consecuencial.

Foucault se percata que inscrita en la noción de represión se encontraba una visión jurídica del poder, en el cual nuevamente se sitúa la problemática desde la órbita del Estado, el soberano y la Ley “cuando se definen los efectos del poder por la represión se da una concepción puramente jurídica del poder”. Se identifica “el poder a una ley que dice “no”; se privilegiaría sobre todo la fuerza de la prohibición” (Foucault, 1992a, p.182). En capítulos anteriores se vio que estas perspectivas representan al poder desde una ubicación central que emana de sí una dominación

unidireccional y unívoca, sobre un sujeto que responde pasivamente al fenómeno de la obediencia, también se pudo constatar cierto lugar secundario o funcional que tuvo el poder con respecto a los procesos económicos en estas concepciones para garantizar la primacía de una clase (marxismo) o para la circulación de mercancías (liberalismo); en el mismo sentido, se pudo apreciar que estas tradiciones bebía del mismo charco que los contractualistas del siglo XVII y XVIII (Hobbes, Locke, Rousseau), es decir se basaban en un pensamiento jurídico que correspondía al desenvolvimiento de la burguesía como clase dominante. A esta aproximación de corte negativo, represiva y jurídicamente restrictiva

Foucault va oponer otra forma renovada de afrontar esta problemática, en la cual se privilegien los aspectos positivos y normativos que produce el poder. Mediante contraposición quiere indicar que ya no se trata de indagar en qué aspectos la fuerza de negación conduce a aceptar tal o cual dominación, sino por el contrario se trata de analizar en qué medida el poder “atravesaba, produce cosas, induce placer, forma saber, produce discursos; es preciso considerarlo como una red productiva que atraviesa todo el cuerpo social” (Foucault, 1992a, p.182). En otras palabras, pensar al poder desde la posibilidad, la constante producción de nuevas formas de posibilidad, de ser sujetado por nuevas técnicas o tecnologías, de nuevas prácticas discursivas y no discursivas que configuran saberes y mecanismos que manipulan la forma en que las personas actúan y se representan a sí mismas. El poder “agarra”, logra obediencias a lo largo y ancho del cuerpo social porque comprende un conjunto de estrategias que operan a nivel de normatividades según las cuales los sujetos aceptan parcialmente las reglas.

A la hora de inspeccionar los efectos positivos del poder es necesario detenerse en la lectura foucaultiana del Tomo II de El Capital de Marx en Las mallas del poder, donde se interesa particularmente en los análisis en torno al taller y al ejército en los siglos XVII y XVIII. Por un lado en dichos espacios se puede constatar de forma análoga un proceso continuo de jerarquización y estratificación, en el caso de las fábricas se asiste a la paulatina división del trabajo, la incorporación de gerentes, de técnicos; en el caso del ejército hay un despliegue de una estructura piramidal de jefes intermedios,

suboficiales, oficiales inferiores y oficiales superiores. Por otro lado ocurren un conjunto de innovaciones técnicas (el fusil de tiro, por ejemplo) que van requiriendo una paulatina centralización de unidades inicialmente aisladas y dispersas (pequeños talleres corporativos), y en la medida que van entrelazándose las unas a las otras van reuniéndose grandes conglomerados, número de personas implicadas en estos espacios que va aumentando.

Ahora bien, los cambios a nivel organizativo y técnico suscitan otros problemas a resolver: la eficacia y la vigilancia que requiere que cada soldado maneje el fusil de la forma más correcta tal como que el obrero sepa operar las maquinas o construir un reloj en el menor tiempo posible. Al mismo tiempo se necesitan evitar las insubordinaciones o las huelgas, el respeto a la regla y la autoridad, es decir una atención al detalle, al gesto, a los cuerpos considerados individualmente. En otros términos, emergen disciplinas avocadas al control individualizado sobre los cuerpos, para conseguir de ellos la mayor producción y eficacia posible, tendientes a la normalización de conductas situadas en un espacio determinado, en proporción directa de cuánto se garantizan y castigan las disidencias estratégicamente localizadas. Como se puede advertir en esta lectura foucaultiana de Marx hay cierta continuidad en lo referente a la visión productiva del poder, no se niega la existencia de las prohibiciones sino que ambos se percatan que “sin dicha disciplina, es decir, sin la jerarquía, sin la vigilancia, sin la aparición de los contramaestres, sin el control cronométrico de los gestos, no hubiera sido posible obtener la división del trabajo” (Foucault, 1999b, p.241).

Volviendo a la cuestión del marxismo es presto destacar que la polémica de Foucault con este último se presenta de una forma particular en lo concerniente al quid del manejo y (auto) sostenimiento del poder; más concretamente los depositarios de este tipo de críticas son llamados por el autor como “freudomarxistas”, señalando con la denominación a cierta variable del marxismo vinculada estrechamente con el psicoanálisis, el derrotero de la represión y concepción negativa del poder con los enunciados que se vienen desarrollando coinciden en este punto. Étienne Balibar (1995) es quien ha propuesto una lectura esclarecedora sobre los argumentos de

Foucault contra los freudomarxistas: el primer argumento refiere a la prohibición -la constatación de Freud de un Londres victoriano totalmente represivo con la sexualidad que se basa en una falsedad histórica pues no se trató de un período de censura o castración del cuerpo de los obreros-; por lo contrario en la Voluntad del saber Foucault demuestra que la sexualidad era un tema recurrente en la época y que comprendía un conjunto de cuidados médicos y psiquiátricos, de saberes y dispositivos que pretendían normalizar determinadas conductas en un proceso creciente de racionalización del trabajo. Lo cual testimonia una lectura diferente e interesante para la reflexión problemática, aunque se evidencia una interpretación correctiva errática y errónea casi en su totalidad por parte de Balibar. Sin embargo, su aporte de corte circunatancial del presente desde donde “relee” convierte su “mala lectura” en propuesta procedimental nueva, si así podría expresarse lo que aporta.

El segundo argumento posible refiere a la concepción jurídica remite de algún modo a la idea que inicialmente comentábamos sobre el “no debes” y sobre la esencia negada, aunque en el caso del freudomarxismo presenta su peculiaridad, al tratarse de un modelo teórico que intenta privilegiar la relación del sujeto con la obediencia, una suerte de interiorización de la regla, de la autoridad, de la Ley devenida en moralidad burguesa. Balibar percibe un dualismo intrincado en estas concepciones, entre una autoridad exterior que impone la Ley y una interioridad avasallada, es decir vuelven a aparecer dualismos propios de la concepción burguesa del poder (Estado/sociedad, individuo/colectivo, publico/privado), “el freudo-marxismo y en general todas las variantes de la hipótesis represiva no hacen sino repetir el esquema imaginario ya presente en cada uno de sus dos componentes” (Balibar, 1995, p. 53).

En lo atinente al tercer argumento Balibar va a acuñar el término homeomería social para englobar a un conjunto de posturas relacionadas con el freudomarxismo, denotándose con esta expresión un conjunto de teorías que se basan en “la idea de que en el ‘todo’ social (o político o cultural) las ‘partes’ o las ‘células’ son necesariamente semejantes al propio todo” (Balibar, 1995, p. 53). Lo que quiere señalar esta interpretación es que las críticas de Foucault se desliza una concepción materialista y nominalista del poder, es decir es un término que refiere a realidades

heterogéneas y de conexiones dispares. Como puede constatarse en sus investigaciones (la sexualidad en la Voluntad del saber, por ejemplo), no se trata de buscar un punto focal (léase la familia) desde el que emanan las demás dominaciones (el Estado no es una familia ampliada), por el contrario se trata de indagar en determinados puntos estratégicos en las redes de poder donde operen diferentes sometimientos situados para localizar dispositivos de poder.

Según se puede apreciar hay cierta correspondencia entre lo que se viene señalando en los apartados anteriores con respecto a la centralidad y la funcionalidad y la reseña de Balibar: el foco de la apreciación propuesta se inmiscuía en cierta relación que establece Foucault entre el marxismo y el liberalismo en lo que concierne a la tradición jurídica del poder, que en algunos momentos se revestía de una posición central (la Ley, el Soberano, el Estado, la clase burguesa) y en otras de una posición secundaria o subsidiaria (superestructura ideológica para el mantenimiento de las relaciones de producción o el contrato garantizando los intercambios comerciales). Resumiendo: la homeomería social de una parte (la dominación burguesa) explicando el todo o de un dualismo (poder/economía, en este caso). Por este propósito sería interesante traer a colación los seis postulados clásicos de la izquierda abandonados por Foucault en su concepción del poder, esquematizados por Gilles Deleuze (2008):

El primer postulado concierne a la propiedad: se trata de una suerte de apropiación de parte de una clase dominante que ha conquistado el poder, es decir el poder se posee en concepciones. Para Foucault la pregunta no es “¿Quién posee el poder?”, sino por el contrario “¿Cómo funciona?”, “¿Qué mecanismos operan?” Foucault va insistir en este punto: el poder se ejerce, son acciones que influyen a otras, comprende antagonismos de estrategias entre los implicados (como se decía más arriba), es una relación de fuerzas inestables, por tanto no puede ser “propiedad” de ningún sector en específico.

El segundo postulado compete a la localización: en este caso el poder es el aparato jurídico-administrativo del Estado. Foucault va a desarrollar una antítesis de su

maestro, como se explicó más arriba lo que se intenta lograr es una regionalización del poder, una transversalidad, con esto se quiere decir que el poder no debe buscarse en las formas terminales como el estado, sino que su análisis debe partir de situaciones inicialmente locales, multidireccionales y heterogéneas.

El tercer postulado refiere a la subordinación: este punto ya se ha abordado suficientemente. Se trata de la tradición marxista y liberal de plantear el poder de forma secundaria a la economía.

El cuarto postulado se sustenta en el atributo: en la idea de que por un lado están los dominantes y por otro los dominados (se trata de una visión esencialista del poder). Previamente se hubo comentado esta cuestión al hablar de las letradas y las resistencias, las relaciones de poder atraviesan tanto a los dominantes como a los dominados, incluso en los casos aparentemente más evidentes de dominación el dominado puede usar los privilegios ganados para ejercer poder sobre otros o de resistirse de forma sutil.

El quinto postulado se fundamenta en la modalidad: esta parte concierne a este capítulo en la medida que el freudomarxismo ha sostenido que el poder actúa: o bien como ideología, o bien como represión, en otras palabras: o miente, o violenta. A este respecto es interesante detenerse en la distinción que establece Deleuze entre violencia y poder. Define a la violencia como “el efecto de una fuerza sobre algo, objeto o un ser” (Deleuze, 2008, p. 54), ello implica una destrucción, un aniquilamiento, de un cuerpo u objeto del que no se espera respuesta, una anulación de las fuerzas. En cambio el poder presupone una relación de fuerzas, las cuales operan sobre otras fuerzas, acciones sobre otras acciones, se esperan respuestas o resistencias más o menos calculadas, tales que esta positividad de la fuerza “incita, seduce, convence”. Del mismo modo que el poder no actúa negando la realidad a través de mentiras o propaganda, por el contrario su positividad se articula desde la productividad de saberes y discursos que se configuran en prácticas que los sujetos asumen mediante tecnologías de poder, “el poder más que reprimir <<produce

realidad>>, y más que ideologizar, más que abstraer u ocultar, produce verdad” (Deleuze, 2008, p. 55).

El sexto postulado se ampara en la legalidad: se parte de una contraposición entre legalidad/ilegalidad, ya sea como un estado de paz o bien en cierta Ley impuesta por los vencedores; ya sea desde una legalidad de la burguesía o del partido revolucionario que conquistó el poder. Por el contrario, no se trata de entender a la Ley o la ilegalidad como algo homogéneo y unitario que se inscribe en la forma terminal del Estado, sino de ver en qué medida la trama heterogénea de las leyes están entrelazadas en una gestión de múltiples ilegalismos (sean estos tolerados o no) “Foucault muestra que la ley no es ni un estado de paz ni el resultado de una guerra ganada: es la guerra, la estrategia de esa guerra en acto” (Deleuze, 2008, p. 56); de este modo se puede comprender cómo en muchas situaciones la burguesía o el mismo partido revolucionario permiten determinados ilegalismos que los benefician (evadir impuestos, por ejemplo) o que los perjudican (léase, las protestas sociales, la delincuencia); incluso puede servir este enfoque para vislumbrar que hay un cálculo de hasta qué punto son tolerables estos fenómenos.

6. Consideraciones finales:

A modo de cierre reflexivo se puede constatar una aproximación en lo concerniente a una propuesta de lectura de abordaje polémico entre Michel Foucault y el marxismo en torno a la problemática del poder. Podría decirse que en los ejes que vertebran esta interpretación se entretajan el contexto histórico-político y la producción intelectual imbricada en el orden legalizado fácticamente, los problemas de orden práctico-organizacional y las discusiones teóricas. Fue clave para la interpretación la trama trazada por Gilles Deleuze que va desde las rupturas producidas al interior del marxismo hasta la experiencia del GIP culminando en el Mayo del `68, al fin de poder deducir de esto último que el pensamiento de Foucault estaba atravesado por estas nuevas luchas políticas y que su militancia y compromiso intelectual responderían a las exigencias prácticas que se le presentarían a la izquierda parisina.

En otras palabras, el pensador francés se encontraba con la apremiante tarea de deshacerse de concepciones instaladas por el centralismo soviético, -lo que implicó una caracterización del enemigo a enfrentar y una labor constructiva-, a su vez que se conjugan alianzas (Althusser y Marx) y enemistades (marxismo dogmático, humanista, blando, freudomarxismo). Por un lado se comprenderá al marxismo como partido político estratificado y monolítico y su devenir y por otro lado, se percibirá una distinción entre la politización del saber y su contracara en los usos politizantes de los partidos marxistas. El (contra) académico francés va a insistir en los efectos de poder que provocarían estos últimos, ya sea como filosofía del Estado soviético o como forma de acceder al prestigio que asegura ciertos márgenes de concepción de la ciencia en detrimento de otros saberes. La importancia de tales apreciaciones recaerán en dos puntos: el primero tiene que ver con el debilitamiento por parte de las organizaciones marxistas de las luchas transversales que se producían contemporáneamente en la contemporaneidad de su vida activa (prisiones, movimiento feminista, entre otros), y el segundo se circunscribe a la falencia teóricas de parte del marxismo para abordar los problemas plurales que suscitan estos movimientos (medicina, sexualidades, etc.)

Pues bien, tres ejes han sido los que han acompañado esta propuesta de lectura: el Estado (A), la dominación burguesa (B) y la represión (C); los tres se configuran en la visión verticalista que la izquierda que va del leninismo hasta el freudomarxismo ha sostenido con respecto a la configuración del poder. Del mismo modo se pudo observar tres nodos interpretativos que prevalecen en ciertos discursos marxistas de los cuales era prioritario deshacerse: la centralidad (a), la funcionalidad (b) y la negatividad (c); para dar paso una teoría izquierdista del poder: la regionalidad (I), la guerra (II) y la positividad (III).

Con este esquema se pudo constatar que en los tres nodos del discurso marxista prevalece una visión jurídica del poder heredada del contractualismo liberal: en el sentido de que ponía el acento en la centralidad (a) de los grandes conjuntos como el Estado, la Ley, el soberano, la clase; o bien se daba prioridad al rol funcional (b) que ocupa la superestructura ideológica del Estado para el mantenimiento de la

dominación burguesa; o en otra coordinada en cierta capacidad negativa (c) que ejerce la Ley a la hora de imponer prohibiciones o para violentar a quienes no las cumplen, comprendiendo el rol del sujeto desde una esencia negada o en una relación de obediencia. Los tres argumentos contra los freudomarxismo que localiza Balibar y los seis postulados de la izquierda tradicional abandonados por Foucault que encuentra Deleuze, aportaron elementos para el contrastaste y convergencia crítica diferentes lecturas.

En contrapartida Foucault propuso tres nodos diferentes en una perspectiva que no es ni marxista ni liberal: por un lado, insiste en hablar regiones de poder (I) como lo pueden ser la fábrica y la prisión, esto implica entender al poder como relaciones de fuerzas inestables, moleculares y locales, en lugar de las formas terminales como el Estado, la Ley, el soberano; esto implica una perspectiva multidireccional y heterogénea de los antagonismo de estrategias desde los diferentes puntos desde donde se ejerce poder y se resiste. Su conceptualización del poder por otro lado, es definida como una relación de fuerza en sí misma, lo que lo lleva a situar a la política como continuación de la guerra (II) en el sentido de que una vez acabado los conflictos bélicos-armamentísticos comenzaría en la sociedad civil el conflicto permanente entre diferentes sectores. Finalmente, se pondría el acento en la positividad (III) productiva y normativa del poder, ya sea para la construcción de sujetos productivos o para fabricación de tecnologías de poder.

Cerrados los puntos de inflexión desde donde se partió en este orden discursivo, queda dilucidado en qué modos se posiciona política y teóricamente Michel Foucault con respecto al marxismo histórico de sus contemporáneos en la trama de nuevas luchas transversales que dejaban de ser centralizadas para multiplicarse e infisionar todo el espacio público, sin menospreciar la deuda que tendría con Karl Marx. Como logro de la promesa que el título expone se pudo visualizar los tres ejes analizados, donde convergen razones para deshacerse del marxismo y propuestas para la fundamentación de nuevas formas de abordar el poder, en mejores consonancias con las actuales configuraciones estructurantes del juego total de lo real.

7. Bibliografía:

- Althusser, L. (1988) *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*. Freud y Lacan. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- Balibar, E. (1995). "Foucault y Marx. La postura del nominalismo". En: A.A. (eds.). *Michel Foucault, filósofo*. Barcelona, España: Gedisa.
- Castro, E. (2004). *El vocabulario de Michel Foucault: un recorrido alfabético por sus temas, conceptos y autores*. Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes.
- Castro Gómez, S. (2005). Foucault, lector de Marx. *Universitas Humanística*, 31 (59), pp. 107-117. Recuperado de: <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/univhumanistica/article/view/9508>
- Camelo-Perdomo, D. (2019). Historia y Poder: los (des)usos de Marx en Foucault. *Revista Filosofía UIS*, 18 (2), pp. 125-141. doi: <https://doi.org/10.18273/revfil.v18n2-2019007>
- Deleuze, G. (2008). *Foucault*. Buenos Aires: Paidós.
- Deleuze, G. (2014) *El poder. Curso sobre Foucault. Tomo 2*. Buenos Aires, Argentina: Cactus.
- Díaz Bernal, J. (2018). Foucault y el marxismo. *Cuestiones De Filosofía*, 4 (22), pp. 203-208. doi: <https://doi.org/10.19053/01235095.v4.n22.2018.8346>
- Fair, H. (2010). Una aproximación al pensamiento político de Michel Foucault. *Polis*, 6 (1), pp. 13-42. Recuperado de: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-23332010000100002&lng=es&tlng=es.
- Foucault, M. (1989). *Vigilar y castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- _____ (1992a). "Verdad y poder". En: *Microfísica del poder*. Madrid, España: La Piqueta.

- _____ (1992b). La verdad y las formas jurídicas. Barcelona, España: Gedisa.
- _____ (1999a). “De la arqueología a la dinástica”. En: Estrategias de poder. Obras esenciales, Volumen II. Barcelona, España: Paidós.
- _____ (1999b). “Las mallas del poder”. En: Estética, ética y hermenéutica Obras esenciales, Volumen III. Barcelona, España: Paidós.
- _____ (2001). “El sujeto y el poder”. En: Dreyfus, H. y Rabinow, P. (Eds.) Más allá del estructuralismo y la hermenéutica. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- _____ (2008a). Defender la sociedad. Buenos Aires. FCE.
- _____ (2008b). Historia de la sexualidad. I La voluntad de saber. Buenos Aires: Siglo XXI.
- _____ (2012a). El poder, una bestia magnífica. Sobre el poder, la prisión y la vida. Buenos Aires: Siglo XXI.
- _____ (2012b). Michel Foucault: Reflexiones en torno al Marxismo, la Fenomenología y el Poder. (Entrevista inédita). Recuperado de: http://www.biopolitica.unsw.edu.au/sites/all/files/publication_related_files/michel_foucault_entrevista_inedita_del_3_de_abril_de_1978.pdf.
- Marx, K. (2008a). Contribución a la crítica de la economía política. Buenos Aires, Argentina: Editorial Siglo XXI.
- _____ (2008b). Manifiesto comunista. Buenos Aires, Argentina: Prometeo.
- Lenin, V. (2012). El Estado y la revolución. Buenos Aires: Arte Grafico Editorial Argentino.

- Santucho, M. A. (2012). Fuegos cruzados: la genealogía del poder de Michel Foucault y el marxismo. *Síntesis*, 3, pp. 2-19. Recuperado de: <http://hdl.handle.net/11336/870>